Cáncer de mama - Lee

Este año tengo 45 años, tengo hijos en segundo de secundaria y sexto de primaria, y vivo en Bundang junto a mi esposo, que me quiere mucho.

A los 38 años, en primavera, me extirparon el útero por un mioma, y en invierno me diagnosticaron cáncer de mama en etapa 3 y me extirparon la mama derecha. Y atravesando el pecho donde está el corazón, me insertaron un catéter en una arteria gruesa y completé la dura administración de quimioterapia hasta el verano siguiente; hice los exámenes en las fechas fijadas sin faltar ni un poco a lo que el hospital indicaba, tomé los medicamentos y me sometí al tratamiento, y pasaron 5 años. La medicina moderna decía que después de 5 años se considera curación completa. Mientras vivía confiando al 100% en la palabra «curación completa», en el otoño del sexto año sentí que mi cuerpo estaba anormal y me hice varias pruebas en el hospital, pero la respuesta del hospital fue que no había ninguna anomalía. Sin embargo, mi cuerpo seguía anormal. De repente sentía frío, y dolores como de gripe corporal…

Al comenzar el invierno volví al hospital, y en los resultados de las imágenes se detectó que había metástasis en la columna vertebral, y tuve que confirmar con mis propios ojos que en un mes se había extendido negramente hasta la pelvis. En oncología médica comencé de nuevo la quimioterapia a intervalos de 3 semanas, y yo me volví tan sensible como se puede ser. Otra vez se me cayó todo el pelo del cuerpo, aparecieron manchas rojas en la piel y hasta supuraba, se me cayeron las uñas de manos y pies, y los efectos secundarios fueron mucho más graves que cuando recibí quimioterapia tras la cirugía hace 6 años. Aun así pude soportarlo hasta el cuarto mes.

Al entrar en el quinto mes, no podía caminar, y mi piel se fue volviendo tan horrible que incluso delante de mi esposo tenía que cubrir mi cuerpo. Además tenía que ver a pacientes compañeros sufrir y morir por la quimioterapia. Se hacía un análisis de sangre 2-3 horas antes de la administración de la quimioterapia, y si no alcanzaba los niveles normales se posponía la administración, y cuando se recuperaba la inmunidad o el recuento de glóbulos

blancos se administraba de nuevo la quimioterapia, repitiéndose esto continuamente.

La nutricionista del hospital me preparaba un menú según la ingesta diaria recomendada ajustada a las calorías, insistiendo en que debía ingerir suficiente nutrición, con un menú prioritario en proteínas que incluía al menos más de medio trozo de carne o pescado por comida, y destacaba el consumo de leche y lácteos. Yo lo practicaba con diligencia, pero con el paso de los días la situación se volvía cada vez más insoportable. En mayo recibí la quimioterapia con la sensación de ser llevada al matadero. Y el martes 14 de junio, cuando según la cita debía recibir otra vez la quimioterapia, tomé una determinación: «De todos modos, los seres humanos no pueden evitar la muerte algún día. Aunque mi vida se acorte porque no cumplo diligentemente con la quimioterapia, no volveré a tener apego».

La quimioterapia no tenía plazo. Y yo moría lentamente. Antes de morir había una cosa que quería hacer. En mis veinte, cuando estudiaba arte, al pintar durante largos ratos en el bosque, comprendí que había una misteriosa mano de vida que no podía crear ni una sola hoja de hierba con mi propia fuerza; entonces me acerqué a la Biblia, pero en aquel tiempo no pude sentir su dulzura. Sin embargo, quería ir por última vez a Él y entregarme a esa mano de vida.

Ni mi esposo, ni mis hijos, ni mis padres, ni mis hermanos, ni mis amigos: en mi estado, ninguna relación normal era posible. A 10 minutos de mi casa natal había un lugar de reposo llamado ○○○, y mi familia quería que fuera allí, pero yo quería ir a un lugar lejano donde no pudiera encontrarme con nadie. Quería dedicar todas mis fuerzas a comprender la existencia del Absoluto, y si lo encontraba, quería entregarle incluso mi enfermedad y mi alma. Así, aunque muriera, quería ser libre de este mundo, ligera como una pluma y sin apego. Sinceramente, incluso encontrarme con mi familia se había vuelto difícil y una carga. Pensaba que había sido mi elección, pero ahora que lo pienso, fue la guía de Dios.

Cuando llegué a Betel y vi por primera vez al director, una mujer común con ropa cómoda de camiseta de algodón holgada... ¿Sería por mi enfermedad desesperada? A mí, que solo derramaba lágrimas, me dijo: «Las lágrimas deben ser de gratitud hacia Él; llorar de pena por la enfermedad no ayuda al tratamiento. Acepte a Él y descanse tranquilamente». Esas palabras que apenas entendía... una impresión algo fría... Con curiosidad por saber qué clase de persona era, miré al final del libro <Medicina Bíblica> que nos dio, el breve apéndice «El autor se encontró con Jesús», y allí estaba escrito: «Conocí el amor de Jesús y entregué toda mi vida al Señor». En aquel momento solo me llegó como «Mm... ya veo», como simples letras. Después de eso llegué a saber con el corazón que eso era verdad. A través de la confianza en el director, comencé a acercarme a Dios. Los mensajes de Dios que nos transmitía cada mañana y cada tarde atravesaban mi piel, se filtraban en mis huesos y penetraban en mi alma.

Antes tenía cierta resistencia a la palabra de arrepentirse del pecado. Porque pensaba que nunca había dañado a nadie, ni había obtenido ganancias injustas, y que había vivido bien, resolviendo mi sustento con el fruto de mi esfuerzo por medios justos según mi criterio.

Pero no conocer a Jesús era pecado.

Un día, mientras caminaba haciendo ejercicio pensando en Jesús, descubrí mi pecado de no haber conocido su amor y me desplomé allí mismo. Me temblaban manos y pies, y con la sensación de que los nervios se me paralizaban, me salía sudor frío desde la nuca hasta la espalda y sentía que me ahogaba. Él no murió en la cruz por los latigazos ni por los clavos hundidos, sino que murió porque su corazón estalló de dolor por mis pecados. ¡Mi ignorancia, que sin saberlo creía hasta ahora que existía en el mundo porque yo era valiosa!

Qué brutalmente he vivido con un corazón de acero, como diciendo «arráncame el vientre»... No conocer su amor dirigido hacia mí era pecado. Al comprender aunque fuera un poco ese amor, vino la convicción de que mi existencia es sumamente preciosa y que Aquel que me compró con su sangre

preciosa no permitirá que mi existencia regrese como un puñado de tierra sin sentido y termine sin valor.

Y al ver a las personas mayores y sin fuerzas de 60 y 70 años en el Suyangwon, agradecí que se me permitiera conocer, aún en mis 40 con fuerzas, al Dios de la creación, al Dios dueño de mi cuerpo. No tengo recuerdo de haber orado pidiendo que sanara mi enfermedad.

Creí en esta palabra de la Biblia: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63).

Como supe que el alma y el corazón dominan el cuerpo, entendí que si Dios es quien me hizo, con solo tener un camino para restaurar la relación con Él delante de Él conforme a su voluntad, no tendría que clamar por la enfermedad. Solo quería conocerlo. Y si era posible, quería sentirlo a través de mis cinco sentidos. Para eso oraba cada día, y al leer la Biblia eso era más dulce que la miel.

Al ver en el huerto trasero del Suyangwon los brotes verdes de rábanos y lechugas que salían de las semillas que yo misma había sembrado con mis manos, y en los días en que todo mi cuerpo se recuperaba gradualmente, la piel se limpiaba y los dolores desaparecían, llegué a sentir con los cinco sentidos el amor del Absoluto. En el viento que pasaba entre las hojas, en la luz del sol que fluía, en el fragante olor de la hierba, el olor de la tierra, el sonido de los insectos, el canto de los pájaros, el aire limpio, me descubrí respirando empapada del cálido amor del Absoluto.

Antes pensaba que Dios me miraba desde lo alto con majestad y dignidad. Pero ahora he comprendido que cada instante en que respiro es su misericordia y que habito en su amor. Quien constantemente sana y aun ahora es quien más se preocupa por mi enfermedad era Dios. Hubo veces en que me quejé de Dios por la enfermedad, pero eso fue por mi ignorancia de no comprenderlo. Comprendí que Dios desea más que yo misma que sea restaurada a la salud original que Él creó, y que simplemente su misericordia y gracia son tan grandes e infinitas que

hay un mundo que la mente del ser humano no regenerado no puede comprender.

Necesitaba convertirme de la vida que había llevado hacia una vida de obediencia en la fe, conforme al propósito con que el Dios Creador me creó originalmente.

Dios era el todo. La medicina moderna era un pequeño subconjunto dentro de ese todo. Los médicos del hospital hacen lo mejor que pueden, pero el esfuerzo humano y la ciencia eran un subconjunto demasiado pequeño descubierto dentro del conjunto total de Dios. Cuando fui humildemente a pedir ayuda a Aquel que me creó, me restauró de manera demasiado fácil, alegre y sin dolor. Ahora mi cuerpo y mi corazón están ligeros y alegres como para volar. Las uñas de manos y pies que se morían negras han revivido, la supuración de la piel ha desaparecido por completo y, junto con mi alma, estoy reviviendo como la piel de un niño. He encontrado una razón segura para no tener que volver a clavarme agujas en las venas por el cáncer.

He obtenido la difícil respuesta de dónde se origina la fuente de mi vida y hacia dónde irá. ¡Mi alma que se escapó volando desde el terror de la muerte hacia la libertad de la verdad! ¡Los días en que agradecí el cáncer que me trajo hasta aquí!

«¡Dios! Usted sabe esta angustia de no poder expresar con el lenguaje humano más que la palabra "gracias", ¿verdad?»